

“Nuestra América” política y poética del mestizaje

LUIS RICARDO DÁVILA*



*“Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche
¿O son una las dos? No bien retira
su majestad el sol, con largos velos
y un clavel en la mano, silenciosa
Cuba cual viuda triste me aparece”*

José Martí

Liminar

Por veces el mestizaje se convierte en sujeto innombrable, sin referencia alguna que no esté sostenida por una cierta visión mitologizada del hombre y su entorno. Aquellas mezclas de culturas con todo y los mestizajes resultantes por veces nos confunden. Es que los territorios de tales mezclas se encuentran en la encrucijada de diversos caminos: geográficos, étnicos, ideológicos, literarios, políticos. Su historia también se confunde con aquella de las obsesiones que han marcado la historia colonial europea desde el siglo XV. Y, sin embargo, sus figuras están hoy a la orden del día en el discurso postmoderno. La “hibridización”, como categoría antropológica, aún refiere y diseña el rostro del mestizaje, de un cierto mestizaje cultural planetario. Todavía nos domina una serie de juicios valorativos del ser mestizo que nos remite a situaciones históricas sucesivas del ser nacional, de la teoría de la identidad, en especial de la identidad del hombre americano nutrida siempre de esos “mitos de la consciencia mestiza”¹.

No es nuestra intención adentrarnos en tamaña problemática; parte, a su vez, de un orden superior: aquel de los niveles sociológicos, ideológicos o simbólicos de la representación. Proponemos mejor una lectura del mestizaje desde la perspectiva de aquel texto canónico de José Martí (1853-1895), acaso su texto más programático

mejor conocido como “Nuestra América” (1891). Su influencia implica no sólo el acto de la escritura, sino también el de la lectura, es decir, el de la interpretación, pues ¿cómo obviar la participación del lector, —y de otra serie de agentes, mediadores e instituciones— en la formación de los discursos fundacionales? Tampoco han de faltar los atributos del autor construidos por la veneración humana en este tipo de operaciones canónicas. Como los libertadores de la primera generación, Martí también fue héroe. Perteneció a aquel grupo de “raros” quienes abarcaron con mirada telescópica y profunda intuición el ámbito de una patria americana mestiza común, por la raza, por la lengua, por la religión y por la cultura. Acaso no sea extraña a esta veneración la intuición vital: “... *el pensamiento americano* —escribía Martí— *me transporta*”². Es que América era raíz y rostro, carne y espíritu de una nueva civilización mestiza a la que pertenecía en cuerpo y alma, en pensamiento y acción el maestro antillano. Ya otro héroe espiritual americano, el elegante vate nicaraguense, Rubén Darío, inmortalizó su pertenencia americana: “*Cuba admirable y rica [...] la sangre de Martí no te pertenecía; pertenecía a toda una raza, a todo un continente [...]; pertenecía al porvenir*”³. Y, precisamente, estas páginas que conmemoran el sequiscentenario del nacimiento del más grande de los americanos de fines del siglo XIX, pertenecen a aquel porvenir.

Del sueño americano y mestizo fundacional serán depositarios escritores y humanistas, novelistas y poetas. Ellos intentan establecer —a partir de formas similares de existencia histórica— una correspondencia de espíritus, de objetivos, de un firme aprendizaje político y estético. Ellos cargan con la difícil tarea de imaginar y construir naciones, de dar unidad a culturas fragmentadas. Así y sólo así se entiende la función social y política de la literatura durante el siglo XIX. Se trata de una estrategia que busca ampliar, entre otras cosas, la autoridad política de la literatura. Pero también se proponían narrar una

realidad confusa, caótica, de la que eran, a su vez, jueces y partes. Fueron aquellos “*hombres múltiples*”, donde se confundían los géneros, pero en quienes vida y prédica, acción y palabra se identificaban. A ellos les correspondería intuir y expresar la sociedad de su tiempo; les correspondería reinventar aquella América mestiza.

El perfil y el nombre

Martí es un caso bien particular en esa búsqueda del carácter específico del mestizaje americano, *de-ese-ser-que-somos*: Es un emancipador pero de la segunda hora americana. Su tránsito vital se desarrolla entre el romanticismo (“*lo hinchado [...] aquella falsa lozanía de las letras*” de que hablará en 1893⁴) y el positivismo pero se aparta de ambas tendencias. Vive y actúa en aquella América republicana —casi siempre caótica— y, sin embargo, pertenece a un ámbito colonial donde las cuestiones de emancipación, poder y resistencia ocupan su atención. Profesa un infatigable anti-imperialismo labrado desde las propias “*entrañas del monstruo*” (1895). Al advertir sobre las ventajas de la civilización europea también se mostraba crítico de la rémora que constituían las “*impurezas*” recibidas de sangre española. Fue básicamente un poeta pero reconocía cuan ruin eran los tiempos para aquellos “*creyentes fogosos hambrientos de ternura, devoradores de mar [...] buscadores de sus alas rotas*”⁵. Funda el modernismo sin saberlo, define la forma y encuentra aquel estilo que otros modernistas decían no encontrar. Además, “*pide peso a la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura*”. Acaso, al rechazar la gran metáfora del siglo XIX “*civilización y barbarie*”, presagiaba el advenimiento de un nuevo siglo y celebraba la cultura del mestizaje americano.

Siempre le persiguió una cierta urgencia por definir lo específico americano desde perspectivas diferentes. Esta urgencia se expresó en la búsqueda de significantes que nombrasen la realidad de América. Pero, nunca nadie supo, ni sabrá, cual era el nombre del primer día. “*Qui-*

zás es una realidad sin nombre. El silencio cubre la realidad original, el instante en que abrimos los ojos en un mundo ajeno”, nos dice Octavio Paz⁶.

Todos los nombres dados a nuestras regiones (Indias, Nuevo Mundo, América, Tierra Firme, Hispanoamérica, Iberoamérica, Latinoamérica o Panamérica) aluden obscuramente al sentimiento original. Todos ellos son extensiones, prolongaciones, expresiones o reflejos del instante original. Cada uno de estos nombres ha designado una realidad, una idea, un conjunto de valores. De manera que al nacer América, se perdió el nombre verdadero. Se comenzaron, entonces, a inventar nombres que expresaban el ansia de posesión, de participación, de pertenencia (mi tierra, nuestra patria, mi nación, nuestra república).

El mestizaje como apropiación

Sin embargo, nombrar una comunidad implica doble juego: inventarla y reconocerla para apropiársela. El proceso de invención, reconocimiento y apropiación es triple: 1- Aparece el sentimiento colectivo —compartido con mayor o menor fervor por todos sus miembros— de pertenecer a una comunidad específica; 2- Luego se forma un sentimiento de diferenciación del grupo inventado y reconocido frente al “otro”; 3- Finalmente, al diferenciarse se forma la conciencia de ser-lo-que-se-es. Es este el momento de la apropiación.

Esta conciencia se expresa y es inseparable del acto de nombrar. Es, precisamente, esta conciencia la que Martí expresa cuando llama a aquellas tierras de los hombres del “*mediodía*”, *Nuestra América*. El nombre contiene los tres elementos referidos: el sentimiento de identidad adornado con ribetes de apropiación, de pertenencia (“*Nuestra*”), el sentimiento de diferencia (en relación a aquellos “*hombres rubios, enjutos, de oblicuos ojos y tez de marfil*”) y la conciencia de ser-lo-que-se-es (“*tenemos más elementos naturales, en estas nuestras tierras, que en tierra alguna del universo*”).



mentos referidos: el sentimiento de identidad adornado con ribetes de apropiación, de pertenencia (“*Nuestra*”), el sentimiento de diferencia (en relación a aquellos “*hombres rubios, enjutos, de oblicuos ojos y tez de marfil*”) y la conciencia de ser-lo-que-se-es (“*tenemos más elementos naturales, en estas nuestras tierras, que en tierra alguna del universo*”).

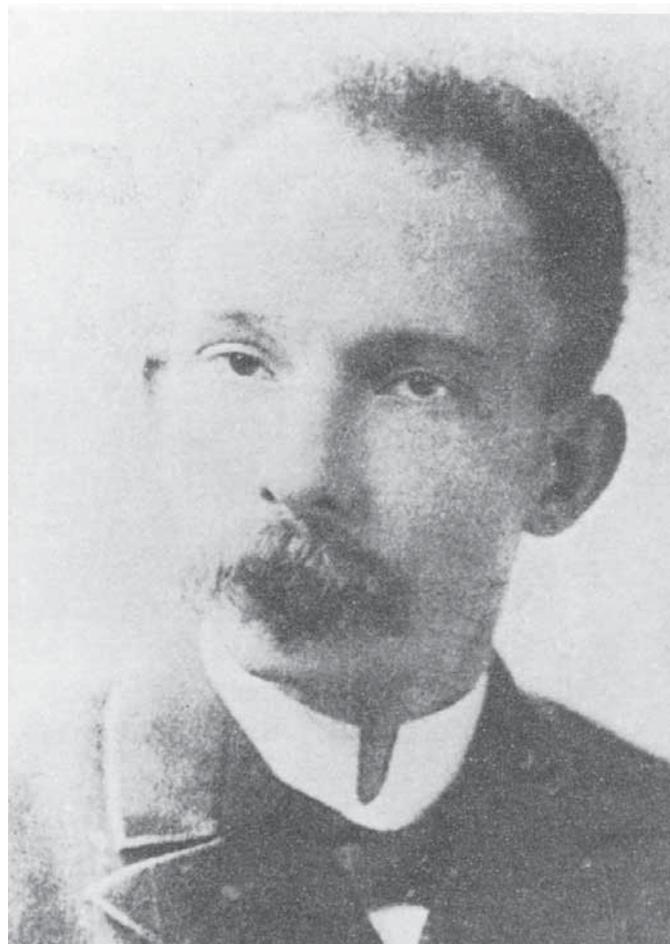
En este sentido, el nombre *Nuestra América* —“*verdadero credo independiente de la América nueva*”— reproduce de nuevo en Martí el principio original que nos constituye: Es el nombre de una identidad colectiva y mestiza hecha de semejanzas internas y diferencias externas. Pero al mismo tiempo también expresa la inmensidad de nuestras sociedades, la riqueza y pluralidad de sus culturas. *Nuestra América* refuerza los vínculos que nos atan al grupo y al mismo tiempo justifica su existencia y le otorga un valor. El acto de asumir estos valores es lo que determina la articulación del discurso mestizo americano del siglo XIX con la tradición discursiva de Occidente. Allí se pone al descubierto la dimensión fundadora y reforzadora de los vínculos americanos que justifican, casi al final del siglo XIX, nuestra propia existencia, desplegando nuevos valores y posturas. Existencia que sería en lo sucesivo nacional. La nación hispanoamericana es hija de la historia y de un acto político deliberado: la Independencia. Martí contribuyó con su voluntad política no sólo a liberar su patria natal sino también a crear naciones. *Nuestra América* no se refiere a una vuelta al origen europeo e hispánico sino a un verdadero comienzo en el concierto de una nueva historia continental. La obra de Martí es, decisivamente, fundadora, del futuro (aquel pertenecer al “*porvenir*” de Darío), consecuencia de los dos grandes movimientos que inspiraron la articulación de la América española a la tradición discursiva occidental: su invención por parte de Europa y su Independencia política, que no espiritual, precisamente, de España.

“De nuestra america robusta”

Es posible seguir la huella de como Martí fue elaborando su concepción de *lo que es*, y en especial *lo que debe ser*, esa inmensa porción de territorio que se extiende desde el Río Bravo a la Patagonia. Al regresar de su destierro español, Martí residió en varios países hispanoamericanos entre 1875 y 1881 (México 1875-76, Guatemala 1877, Cuba 1878 y Venezuela 1881). Lo cual le sirvió para entrar en contacto con las nacientes naciones, con sus experiencias políticas y con la irrupción de los distintos sectores sociales en el escenario de una historia que estaba dejando de ser americana, para convertirse en historia nacional (historia mexicana, historia cubana o historia venezolana). Este periplo americano alimentó para siempre la concepción de Martí sobre lo que más tarde nombraría como “*nuestra América mestiza*”.

Al comentar los Códigos nuevos guatemaltecos dirá: “*Toda obra nuestra, de nuestra América robusta, tendrá pues, inevitablemente, el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto. ¡Ya revive!*”⁷.

Para 1877, Martí acuña las primeras expresiones “*nuestra América*” y “*nuestra madre América*”. La materia vital del concepto la aporta su experiencia americana. Lo que seguiría luego de esta toma de conciencia era revelar la nueva América. Esta conciencia se expresa en el acto de nombrar, como lo argumentamos anteriormente. Los nombres “*nuestra América fabulosa*”, “*nuestra madre América*” y “*nuestra América*” reproducen de nuevo algunos de los principios y valores que nos constituyen. Como consecuencia de la “*injerencia de una civilización devastadora*” en la América mestiza se armonizan “*elementos naturales*” y “*elementos civilizadores*”. Naturaleza y civilización serán los referentes de una identidad colectiva. En cualquiera de los anteriores nombres está en germen el destino americano, pues designan, simultáneamente, una realidad. En *Nuestra América* escribirá Martí:

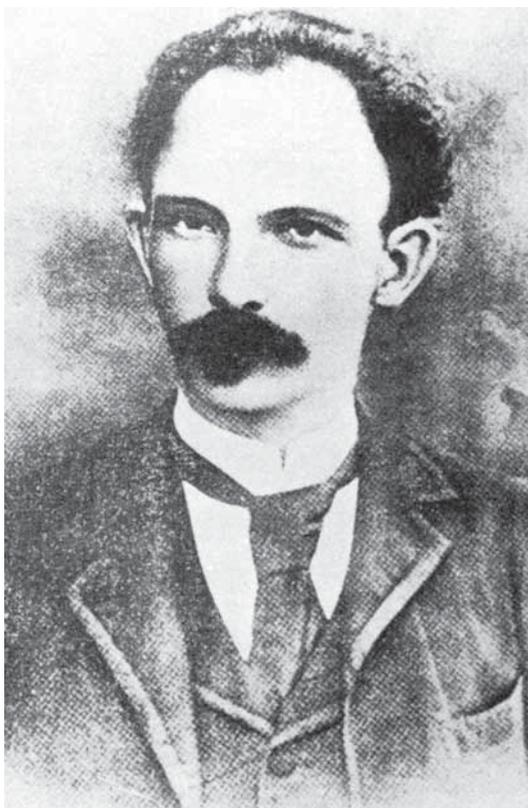


“Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico” (op. cit., p. 28).

Al sentimiento de pertenencia se le añadirá el sentimiento de la diferencia. Martí ha sabido distinguir América de Europa. Sólo faltaría definir la diferencia con aquella otra nación que le albergaría durante quince años de su apasionada madurez: los Estados Unidos. Sus *“Escenas norteamericanas”* (artículos escritos para uso de hispanoamericanos entre 1891 y 1892) son el testimonio de aquel contrapunteo dramático con aquella nación. Tal como lo señala Fernández Retamar: *“de ese diálogo saldrá una nueva imagen de nuestra América”*. Tanto más cuanto Martí fue el cronista hispanoamericano mejor informado sobre la vida y la cultura de los Estados Unidos de los últimos decenios del siglo XIX. Avizorar y narrar los signos de la cultura norteamericana le dan autoridad a su discurso a la hora de interpretar, *“fortalecer y revelar”*, a esa América suya.

La condición mestiza era de lo más interesante para la época en que Martí fortalece y revela. Sus observaciones incumben a países que ni son colonias del todo ni han dejado enteramente de serlo, a tal punto que podrá dudar de la existencia misma de Hispanoamérica. De manera que si no hay “esencia” que expresar a través de las letras, tampoco habrá realidad que la circunde y, por lo tanto, Hispanoamérica no existía aún. Se crea lo que no existe, o lo que no existe aún. Y todo estaba por crearse para que lo posible se convirtiese en real: *“Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador”*, advertía este poeta prestado a la política. De allí su preocupación vital: fundar patria, fundar naciones, revelar y sacudir a ese *“pueblo magno”* que habría de ser depositario de lo fundado. En estos términos se despide Martí de Venezuela. En carta a Fausto Teodoro de Aldrey⁸ (fecha en Caracas el 27 de julio de 1881, el día antes de partir a Nueva York), señala:

“De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta [Venezuela] es la cuna”.



Coda

De manera que en el plano del estudio y la comprensión del pensamiento y la cultura mestiza americana, y de la construcción de los fundamentos de sus naciones, es mucho lo que puede aprenderse de las reflexiones y acciones de este “hombre-problema”, como le llamase Picón-Salas. Desde la perspectiva abierta por el estudio del proceso de fundación y apropiación cultural hay mucho que aportar a la construcción de nuestro imaginario colectivo, lo cual haría de la historia de las formaciones discursivas del mestizaje americano una disciplina menos esquemática y mucho más completa y compleja. Comprender esto supone compartir la alegría y el optimismo con que Martí finaliza su

Nuestra América: “¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!”.

*Profesor-Investigador,
Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas
E-mail: davilap@ula.ve

NOTAS:

- ¹ Gámez, E., *Los mitos de la consciencia mestiza. Apuntes desde la escritura de J. M. Briceño Guerrero*, mimeo, Mérida, noviembre, 2002.
- ² “Carta a Valero Pujol”, 27 de noviembre, 1877, en *Nuestra América*, prólogo Juan Marinello, selección y notas Hugo Achugar, cronología Cintio Vitier, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2a edición, 1985 (1977), p. 250.
- ³ “José Martí”, (1895), en *Los Raros seguido de otras crónicas literarias*, Buenos Aires: Losada, 1994, p. 272.
- ⁴ “Julián del Casal”, *Nuestra América*, op. cit., p. 199.
- ⁵ *Obra literaria*, prólogo, notas y cronología de Cintio Vitier, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 106.
- ⁶ “Arte e identidad. Los hispanos de los Estados Unidos”, *Vuelta*, No 126, mayo, 1987, p. 10.
- ⁷ “Los Códigos nuevos”, Guatemala, 11 de abril, 1877, en *Nuestra América*, op. cit., p. 8.
- ⁸ Empresario español emigrado a América, liberal y guzmancista. Fue el editor de *La Opinión Nacional*, el órgano más importante del liberalismo venezolano, donde escribió Martí su “Sección constante” entre 1881 y junio de 1882.